

Retórica surrealista

MANUEL MONTERO

Al final se diría que ETA ha existido para que le perdonemos su existencia y se permita su glorificación

El contraste entre el universo mental de la izquierda abertzale y la percepción común es sideral. Pocas frases han resultado tan chocantes como la de Arnaldo cuando la Fiscalía avisó de su inhabilitación. «Podrán cortar todas las flores, pero nunca detendrán la primavera», citando a Neruda. Aquí y ahora la expresión da en surrealista. Constituye un indicio cierto de que este hombre y sus huestes viven en un universo paralelo.

La imagen de que Bildu equivale a alguna primavera ilusionante resulta fantasmagórica: a la fecha no busca nuevos horizontes sino afirmarse en sus querencias tradicionales, forjadas sobre la justificación póstuma del terrorismo. Sobrecoje además que el mandamás de Bildu se equipare con las flores, que suelen asociarse a la belleza y, metafóricamente, a la vitalidad creativa de la sociedad, lo que casa mal con el agostamiento ideológico de un movimiento rancio y anquilosado.

Los florilegios retóricos no cambian su pasado reciente, cuando los predecesores orgánicos de Bildu jalearon al terrorismo y participaron de su amenaza a la sociedad vasca. No consiguen eliminar tales taras y seguramente no lo pretenden. Hoy por hoy, escasean sus llamamientos a diálogos, negociaciones o territorialidades – que quedan en la recámara – y todo gira en torno a ETA, cuyo enaltecimiento se impone sobre cualquier otra de sus reivindicaciones.

Las principales expresiones públicas de la izquierda abertzale están estrechamente relacionadas con ETA, sean las pintadas que aparecen de vez en cuando – con una frecuencia sorprendente para haber abandonado su única actividad –, sean las manifestaciones en favor de los presos. Al final, se diría que ETA ha existido para que le perdonemos su existencia y se permita su glorificación. De esta ha habido bastante estas semanas, representada por recibimientos-homenajes a terroristas. Estremecen las imágenes del que realizaron en Santurce, el terrorista caminando triunfal entre dos hileras que le vitorean y lanzan los gritos de rigor – básicamente ‘Gora ETA’ –, hasta llegar al gentío-pueblo. Dejan claro que esta gente no ha cambiado.

Los nuevos tiempos son más de lo mismo. Bildu no está dispuesto a que lo olvidemos, de forma que incluye a exterroristas en sus listas. O la primavera de Arnaldo adquiere un aire macabro, con el posicionamiento de hace unos días, cuando escribió «Los que mataron a Federico García Lorca son los mismos que mataron a Lauaxeta. Siempre antifascistas». Resulta sangrante que no repudie de paso la violencia más reciente, la que ha torturado al País Vasco actual.

No sólo no condenan la violencia terrorista sino que esta sigue en el núcleo central de sus posicionamientos públicos. Por lo que se ve, ETA

no era propiamente un instrumento para alcanzar objetivos políticos, sino un fin en sí mismo, sin más función que forjar un mundo aparte con capacidad de presión social. Liquidado el terror, lo fundamental parece ser justificar a ETA, para mantener la cohesión tribal y quién sabe si algún dominio.

Las adaptaciones de Bildu a la nueva etapa que sus mentores habían prometido no existen, salvo frasecitas aisladas que hablan de ‘la gente’ y la primavera de Arnaldo. Por lo demás, se trata de que cambien los demás, adaptándose a sus criterios de secta y dando por bueno su chantaje histórico. Problemas morales al margen, la oferta ‘ni vencedores ni vencidos’ que promueven es una engañifa para engatusar a quienes quisieron quedar neutrales, con la idea de que la virtud estuvo en mirar a otro lado. Pero no hay tal: en las iniciativas de Bildu, ETA tiene un papel sustancial, no complementario. De ganador.

El resto del discurso que promueve Arnaldo consiste en juegos retóricos. El más ingenioso consiste en hablar de los (inmensos) costos de la dependencia para alabar (no muy sutilmente) la independencia. Atribuye a aquella todo tipo de desastres, incluyendo crisis y paro. En la utopía de la Euskal Herria intemporal no cabrán problemillas de este tipo. No los consentirán los sucesores/continuidadores de ETA, buenos son. Cuela de rondón la dicotomía independencia/dependencia, presentándolas como antónimos lineales, cuando frente a la primera no está la segunda sino la integración ciudadana en un colectivo democrático. No pasa de ocurrencia, pero tiene todas las bazas para arraigar, por simplón, pues gustan sobremanera las alternativas blanco/negro.

Las demás aportaciones retóricas tienen menos enjundia. La ocurrencia de que Urkullu no se presente a las elecciones debido a su inhabilitación suena a sarcasmo viniendo de quienes asistieron impertérritos a la violencia terrorista sobre candidaturas políticas. La propuesta de llegar a un ‘acuerdo de país’ está ya muy vista como truco para llevarse al huerto a los demás nacionalistas y quizás a los socialistas, a los que a lo mejor ven más verdes, pues les gusta ser llevados.

Y está el lema estrella, la propuesta de «volver al campo y dar lo mejor». Va en la línea de las flores y la primavera – y en la de llevarse a los demás al huerto –. Evoca la ruralidad de los imaginarios atávicos. Tiene el inconveniente de que para la inmensa mayoría de los votantes el campo no queda asociado al trabajo, sino a espacios idílicos no urbanos o directamente antiurbanos. Quizás los más fieles, poco acostumbrados a la metáfora y literales por naturaleza, se echen físicamente al monte. Por mucho colorido que le echen al cartel, persiste la imagen de que esta gente quedó parada en el tiempo hace mucho tiempo. Inhabilitada, como **press reader** PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



JOSE IBARROLA